

ABRAHAM NUNCIO



Somos
pasado

*Ni el propio pasado está ya seguro frente al presente,
que cada vez que lo recuerda lo consagra al olvido.*
Theodor Adorno

CARNE DE HISTORIA

Los humanos somos pasado. Dicho de otra manera: sin historia no somos. La herencia genética de los individuos es historia; también lo es el sistema de símbolos y representaciones que conforman la cultura y, en su sentido más profundo, el lenguaje —ese ADN colectivo. Alfonso Reyes lo pudo intuir: “El alma, el patrimonio espiritual del hombre, se conserva en el vehículo de la lengua.”



Jorge Luis Borges por su parte ha dicho que el tiempo es la materia de la que están hechos los hombres. No es el tiempo presente, pues éste sólo cuenta en función del tiempo pasado; tampoco el tiempo futuro, pues ése todavía no es. Para el hombre el futuro tiene sentido, sí, pero sólo como repulsión o deseo. Ni presente ni futuro, sino pasado: tiempo transcurrido¹. Es a partir de este tiempo que puede ser oteado el porvenir. “El mejor profeta del futuro es el pasado”, dijo Byron.

Para los efectos de, por lo menos, establecer una media filiación del tiempo hecho identidad, se requiere que éste haya adquirido rasgos significativos en la vida de un individuo o de una comunidad. Quino, el filósofo ilustrador —al igual que Borges, argentino y, para mayores señas, autor de *Mafalda*— ha puesto en labios de Miguelito, uno de sus personajes, una afirmación inequívoca: “De mi mamá, pasé al maternal y del maternal... Ése es el problema de uno —enfatisa el pequeño—, que no puede tener biografía.” Y es que toda biografía es una *summa vitam*. Y en esta *summa vitam*, la memoria y el olvido dejan su huella: la memoria por su carga de identidad significativa; el olvido por su falencia. Aquello que se recuerda produce señales de vida y da lugar a un ser más pleno y provisto de armas para la vigilia y la defensa; aquello que se olvida no indica vida y de sus entrañas resulta un ser enteco y con una frágil inmunidad a los embates de la gesticulación y la apariencia. Tomás Eloy Martínez, que también forma parte del elenco argentino: “El pasado, ah el pasado. ¿Hay en nosotros algo que no sea el pasado?”

El carácter significativo del tiempo acelera o refuerza la adquisición de la conciencia de sí mismo, y también el sentido de pertenencia al grupo familiar, tribal, generacional, cultural y al territorio donde ese grupo se asienta. Para continuar con la influencia argentina, apelo al sentido del humor de los argentinos cuando no se consideran los ingleses de América. Por ejemplo, a los mexicanos nos reconocen disponer de

una fuerte identidad histórica. “Ustedes descienden de los aztecas —dicen— mientras que nosotros descendimos de los barcos.”

La verdad es que nosotros, en un cincuenta por ciento, si es cierto que Cortés le cumplió a la Malinche, también descendimos de los barcos. Pero hablemos del otro cincuenta por ciento. Lo que no se sospechan esos argentinos es que el linaje ilustre que implícitamente nos atribuyen fue una singular adquisición de los aztecas, pues aquel que hacía a las otras tribus asentadas antes que ellos en el valle central de México, mirarlos con desprecio debió parecerles poco cómodo y sin posibilidades de futuro. Aprovecharon un momento significativo, nada menos que resultar victoriosos sobre el imperio tepaneca y erigirse ellos mismos en el imperio más poderoso de América, antes de que los españoles lo derrotaran, para quemar los libros antiguos y reescribir su historia. Como todos los triunfadores, Izcóatl, el emperador de la época, procedió a la tarea de redefinir la identidad histórica de su pueblo de acuerdo con la existencia de un *pasado glorioso*. La épica profundiza la identidad colectiva. Ese pasado era el de la cultura tolteca, de la que la elite mexicana se asumió como su heredera legítima a partir de Quetzalcóatl.

LOS MUERTOS FUNDADORES

Como toda cultura que se define por la muerte —o por los muertos—, la de los aztecas enraizaba en el pasado. Habían partido, en su migración, de la mítica Aztlán. Y sus antepasados habían morado en Tula, donde Quetzalcóatl, al mismo tiempo deidad y héroe cultural, había fundado una civilización conocedora del cosmos y de las artes. Vencido por la magia negra de Tezcatlipoca, el dios-guía de los toltecas se destierra y sume a Tula en el caos. Sus habitantes deberán abandonarla. Los mexicanos, como los del pueblo de Abraham, parten en busca de la tierra prometida. Cuando la encuentran, esa veneración del pasado se ahonda.

Los pueblos que se asientan en un lugar y en él entierran a sus primeros muertos cobran una mayor identidad de sí mismos. Pueden ser los antepasados de los aztecas o pueden ser los de Rebeca, la niña que se avecina en Macondo y se convierte en una suerte de hermana de los hijos de José Arcadio Buendía y Úrsula Iguarán. Rebeca, que traía en un saco “los huesos de lo que antes fueron sus padres”, es la personificación del itinerante que encuentra el lugar donde han de reposar

¹En su libro *Identidad y cambio*, León y Rebeca Grinberg coinciden con otros autores en la idea de que el sentimiento de identidad es el resultado de tres vínculos: además del temporal, el espacial y el del grupo social. Sin embargo, el espacio y el grupo social sólo adquieren dimensión humana en el tiempo.

los restos de sus mayores y echar raíces el proyecto de la ciudad. Algo similar ocurre con los ancestros de los primeros habitantes de Monterrey: tras enterrar en sagrado a Diego de Montemayor, el padre, y a su hijo del mismo nombre, la ciudad ya puede anunciarse ².

EL USO DEL PASADO Y LA RESISTENCIA

La familia real azteca gobernó con la conciencia de que su legitimidad procedía de un pasado glorioso. Enrique Krauze facilita datos e ideas abundantes en su libro *La presencia del pasado*, sobre el uso del pasado como resorte de la legitimidad política del presente. En ese pasado glorioso, Aztlán equivale al poderoso mito de la edad dorada. Este mito se vio potenciado por una realidad que pronto adquirió a su vez contornos mitológicos: la fundación de Tenochtitlan, ciudad capital del imperio azteca. Varios siglos después, la familia revolucionaria gobernaría igualmente precedida de un pasado glorioso: la Independencia, la Reforma y la Revolución, pasado que incluiría, como lo hizo Porfirio Díaz en su tiempo, el de la sociedad prehispánica.

Por ello puede decirse que en la identidad de los mexicanos hay un acto fundacional rodeado de imágenes épicas. Esas imágenes se preservaron en la memoria cultivada por historiadores, ideólogos y humanistas, y a través de versiones populares de los escritos de autores cultos como Fernando Alva Ixtlilxóchitl o Hernando Alvarado Tezozómoc. La crónica, la historiografía y la tradición lírica comunicaron la existencia de un antiguo esplendor común. Es suficiente con señalar que al estallar la revolución de independencia al menos un tercio de la población que habitaba el antiguo territorio de México era indígena. Y que en sus núcleos dirigentes deambuló clandestinamente, como *nahual* colectivo, el principio de resistencia a la dominación que animó a sus ancestros. Este principio de resistencia era potenciado por las múltiples rebeliones indígenas que se produjeron en casi todo el país entre los siglos XVI y XIX: caxcanes, mayas, acaxeos, guachichiles, tepehuanes, guazaparis, pericúes, coras, yaquis, pimas, mayos, apaches.

Enterrados bajo los palacios y los templos de las nuevas deidades, sus héroes y sus dioses no murieron y, como todo lo que ocurre en el mundo de la materia y el espíritu, sólo se transformaron. “Nunca han partido nuestros muertos”, dice en un verso Juan Bañuelos.

Cuauhtémoc que, pese al tormento, no entregó su tesoro —una de las metáforas del alma—, cobraría actualidad en varias de las figuras vinculadas a la resistencia a lo largo de la historia de México. El politeísmo de la religión prehispánica se transmutó en el politeísmo del santoral católico. En el subsuelo de las nuevas leyes discurrieron las antiguas costumbres. Quetzalcóatl estaba de regreso y la última vez que se lo vio, cinco siglos después, fue bajo el pasamontañas de Marcos.

EL PASADO ME ANUNCIA

Las formas que adquirieron las imágenes de la edad dorada, de la fundación de la ciudad-corazón-de-todo, del esplendor y la derrota, a lo largo de la colonia y en el curso del México independiente no han sido suficientemente investigadas. Pero en ellas radica el principio de pertenencia a una colectividad que, aun vencida y vejada, preterida y explotada, se actualiza y cobra una fuerza extraordinaria en otras condiciones sociales.

El sustrato de la resistencia indígena ha encontrado nuevas expresiones que han sido, a su modo, síntesis de los grandes movimientos de independencia, reforma juarista, revolución, reforma cardenista. Ese sustrato ha galvanizado cada una de las luchas que entrañaron los movimientos guerrilleros de las décadas de los sesenta y setenta; el movimiento democrático encabezado por los estudiantes en 1968; la respuesta de los habitantes de la ciudad de México a los efectos devastadores de los sismos de 1985; las contiendas electorales de 1988, 2000 y 2006; el levantamiento zapatista del 1 de enero de 1994, y las formidables manifestaciones de los mexicanos en Estados Unidos este año en contra del racismo, la intolerancia y la explotación de que son objeto los trabajadores que emigran de México hacia la potencia vecina.

En todos esos momentos, el pasado ha sido piedra angular de la identidad de los protagonistas: líderes, generaciones, participantes individuales.

La culpa es autora de la frase “El pasado me persigue” y su consecuencia es otra: “Mi pasado me condena.” A ambas se las puede leer en los destinos de los personajes de la gran novela del siglo XIX, en sus menos notables traducciones cinematográficas, y en

² A título de curiosidad: en su novela *Cien años de soledad*, Gabriel García Márquez describe a Macondo como “una aldea de veinte casas de barro construidas con cañabrava a la orilla de un río de aguas diáfanas”. Esta descripción es similar a la que hace Martín de Zavala del Monterrey de los primeros años, según la crónica de Alonso de León.

las prescindibles degradaciones de la radionovela y la telenovela. La contraparte de esa frase, originada por la redención, es otra aún no explotada por la ficción: “El pasado me anuncia.” En las dos primeras frases, el desenlace es casi siempre trágico: encarna en lo irrecuperable; en la segunda, el desenlace, donde el tiempo por única vez cobra identidad en el futuro, es vivificante: encarna en la utopía. En la primera se paga lo que se debía; en la segunda se cobrará lo que nos deben.

La generación de los mexica que precedió a la de Cuauhtémoc y la de aquellos que nacieron al despuntar el siglo XVI sufrieron una verdadera conmoción. Un mundo —el de la contrarreforma— se plantó sobre su mundo a sangre y fuego. Aquella violenta destrucción de la civilización azteca está sintetizada en un verso anónimo, que recoge lo que Miguel León-Portilla ha llamado con gran tino *la visión de los vencidos*: “... y es nuestra herencia una red de agujeros”. Esas generaciones, despojadas de sus símbolos de identidad, debieron buscar con vehemencia en el pasado la causa de su derrota, pero su impotencia los redujo a la nostalgia, y la ausencia de horizontes a la melancolía. Pasado y presente se anulaban mutuamente y su lugar lo ocupaba la resignación al futuro prometido por la nueva religión en la otra vida. Mientras no aparece el proyecto, el pasado permanece como mero recuerdo; cuando aparece, el pasado se resimboliza e ilumina al presente donde ambos tiempos se enlazan al futuro.

España, en su decadencia como imperio, también se vería invadida, y su nueva circunstancia histórica, producto de una lucha de liberación contra los ejércitos napoleónicos, la obligará a buscar una nueva identidad política en el pasado. Regida por la monarquía absoluta, la España de los borbones, de pronto se vio privada de su rey. Fernando VII y su padre, Carlos IV, habían sido tomados prisioneros por Napoleón Bonaparte. Quedarse sin rey era casi como quedarse sin dios. Esa sociedad sufría un gran vuelco político y cultural, aunque sin las consecuencias devastadoras que padeció la sociedad prehispánica a manos del imperio español. ¿Qué hacer con la soberanía si quien debía ejercerla se hallaba preso? El pueblo se decidió a ejercerla, y para legitimar ese acto supremo hurgó en sus leyes viejas, en su historia; allí encontró el poder original de las villas y de su organización municipal. La lucha por la independencia española, que antecedió a la de sus colonias, tuvo por bastión los congresos de

los cabildos³. Hacia 1808, los mexicanos que presidían el cabildo de la ciudad de México hicieron otro tanto. Con esa decisión nació, de hecho, el movimiento de independencia. El triunfo de éste sería saludado por José María de Bustamante, contemporáneo de los principales caudillos insurgentes, con un discurso en el que evocaba las figuras del pasado. Decía: “...las sombras de los antiguos emperadores mexicanos entiendo que salieron de sus tumbas, construidas en el antiguo panteón de Chapultepec, para preceder al ejército [Trigarante] de los libertadores de sus hijos”. Enrique Krauze califica de trance místico a esta evocación “donde presente y pasado convivían en un mismo plano místico, uno como vengador, otro como vengado”. En el plano histórico, ni vengador ni vengado en aquello que hace a los hijos de los antiguos emperadores mexicanos. Su postración no sería remontada ni poco ni mucho con nuevos y renovados sistemas políticos. En los debates del constituyente de 1857, Ponciano Arriaga asumía a los indígenas como una *raza desgraciada*: son los “descendientes de los antiguos dueños de estas ricas comarcas y humillados ahora con su pobreza infinita y *sus recuerdos de otros tiempos*”⁴.

IDENTIDAD Y GLOBALIZACIÓN

Ciertas palabras se tornan clave en la historia de la humanidad. Los intelectuales y artistas suelen darles dimensión significativa. A principios del siglo XX, James Joyce escribió una obra de teatro titulada *Exiliados*. Uno de los rasgos de este siglo, con la expulsión masiva de brazos, el desarrollo de las comunicaciones, las guerras civiles e internacionales, las dictaduras y su vocación represiva, fue el exilio. El siglo XXI, marcado por la fragmentación, las cartografías volubles, la ausencia de asideros, las lealtades efímeras y cambiantes, es también el siglo de la búsqueda de identidad. *Identidad* es el título en el que Zigmunt Baumann se ocupa de los efectos de la globalización en los países, en las sociedades, en sus integrantes. Uno de esos efectos es el debilitamiento o la pérdida de identidad.

Los movimientos del capital y su nuevo modelo de acumulación parecen hallarse en la base de la

³ Es interesante advertir que la palabra “congreso” tiene un origen municipal.

⁴ El subrayado es mío.

precariedad existencial que promueve la globalización: los valores se mueven a la velocidad de la luz en tiempo real de un país a otro, de una bolsa a otra; sus dueños, esos nómadas “que tienen acceso a las tecnologías del movimiento”, según Jacques Attali, se desplazan con gran rapidez en derredor del globo. Sus fábricas —sobre todo las maquiladoras— se asientan en un santiamén y en un santiamén cambian de sede. Los trabajadores se ven obligados a moverse de un empleo al otro, del campo a la ciudad, de su país al extranjero. La rotación de la tierra se ha vuelto morosa en relación con sus habitantes. Nada permanece. El pasado se ha tornado en un tiempo que va de un presente a otro presente. Baumann ha caracterizado a la de nuestros días como una *sociedad líquida*. La globalización es cambio y rapidez, mutabilidad, escurrimiento. Su traducción en la conciencia de los humanos es la desmemoria: gira en sentido contrario a su identidad, que es renovación del recuerdo para el aquí y el ahora.

El conocimiento se sostiene del tiempo que las noticias duran en los medios de comunicación; su capacidad de atención está medida por el cambio de un canal a otro siguiendo la pulsión de los botones del control del televisor. Tampoco los sentimientos perduran. El amor sólo dura tres años, ha dicho uno de sus teóricos más optimistas. Consumo y desecho casi simultáneos son nuestra diástole y sístole. Todo parece conspirar contra la memoria, y en consecuencia contra la identidad. La moda es uno de sus signos; la apoteosis del tanto en la competencia deportiva es la forma provisional que adquiere la emoción. El iPod, que cuelga del cuello de los adolescentes de los países desarrollados y de aquellos de ingresos por encima del promedio en los demás países, permite *bajar del ciberespacio* miles de canciones. Ni siquiera las del *top ten*, que antes cambiaban de mes a mes, logran la preferencia sostenida de sus consumidores a lo largo de treinta días; sus favoritas cambian de un día para el siguiente y acaso de un horario al otro durante el día. El pasado casi no existe y el presente, aunque dura cada vez menos, lo abarca todo. Asistimos a lo que Armand Mattelart llama *el culto del presente*. En esta reverencia cultural, la memoria se licua. No hay moda que se recuerde, goles que logren una colección memorable, melodías inolvidables, rostros de actores y actrices que encuentren un lugar estable en los sentimientos de sus adoradores. Del malestar en la

cultura se ha pasado a la ansiedad cultural y Narciso no puede ver reflejado su rostro en el espejo de unas aguas movedizas: el susto de saberse él, su *pathos*, ha sido sustituido por la apatía. El olvido le gana terreno a la memoria. No sólo porque el consumo y el desecho se persiguen casi hasta morderse la cola, sino porque el poder a menudo incurre en actos infames (desde Hiroshima y Nagasaki hasta Fahlluya y Ramallah, pasando por Vietnam, las dictaduras sangrientas de América Latina y las masacres en Kosovo y Ruanda) e induce el olvido. A veces, simplemente, con una nueva atrocidad.

Estados Unidos es la sociedad donde todas las características de la evanescencia, el consumismo, la fragilidad ideológica y emotiva, la precariedad del pasado y por tanto la identidad camaleónica a la que Woody Allen ha personificado en *Zelig*, cobran su máxima expresión. Por ello es más sorprendente aún que en esta sociedad, educada en el rápido cambio de apegos y en la desmemoria, surja un movimiento de inmigrantes e hijos de inmigrantes, que apele a la historia —mito y realidad— para reafirmar su identidad colectiva. Una identidad colectiva, que lucha a la vez por los derechos que le conquista su trabajo y por la pertenencia cultural —podría decirse que compartida—, tanto al país de origen como al adoptado por vía de la necesidad.

LIBERARSE PARA SER

La identidad, como soporte principal del sistema de sentimientos y razonamientos, se vigoriza con la participación de los individuos en movimientos sociales emancipadores. Seyla Benhabib, en *Las reivindicaciones de la cultura*, escribe: “Es en la esfera pública, situada dentro de la sociedad civil, donde se producen las luchas multiculturales, y es allí donde tienen lugar el aprendizaje moral y político y los cambios de valoración.”

En la experiencia del drama personal y colectivo, el pasado cobra entidad y adquiere fulgores significativos que llegan a transformar profundamente la personalidad de los actores. La comunidad de destino, donde los lazos de identidad pueden ser más o menos laxos, se convierte en comunidad de vida donde estos mismos lazos se tornan intensos.

En la búsqueda de una identidad social, que las generaciones anteriores de inmigrantes mexicanos en Estados Unidos parecían no tener o tenerla muy diluida,

los llamados chicanos —por lo general norteamericanos de ascendencia mexicana— actualizaron el mito de Aztlán y otros mitos y referencias de la cultura nahua. Ese fue el principio de una rica elaboración cultural que ha engendrado frutos nuevos y novedosos (la cuestionada traducción de Ilan Stavans de la primera parte de *El Quijote* al *spanGLISH*, por ejemplo) en el terreno de la literatura y las artes.

Aztlán, el *México profundo* de Guillermo Bonfil o la *Visión de Anáhuac* de Alfonso Reyes son ideas y obras que establecen un fuerte vínculo de identidad con el pasado prehispánico. No con el pasado hispánico. Habrá que preguntarse la razón por la preferencia de identificarse con los aztecas, su civilización (y su imperio, aunque casi siempre se lo omite), y no con los españoles, su civilización (y su imperio en contra del cual, aquí sí, el pronunciamiento es crítico), aunque los intelectuales reconozcan que la sociedad mexicana es producto de un mestizaje de ambas civilizaciones y que anida en las características étnicas, sociales y culturales de las dos. Por ejemplo, Carlos Fuentes en *El espejo enterrado*: “Somos indígenas, negros, europeos, pero, sobre todo, mestizos; somos griegos e íberos, romanos y judíos, árabes, cristianos y gitanos. Es decir: España y el Nuevo Mundo son centros donde múltiples culturas se encuentran, centros de incorporación y no de exclusión.”

La lucha emancipadora de la comunidad de origen mexicano generará, sin duda, nuevos hitos de identidad individual y colectiva, y poderosas manifestaciones de orden cultural; pero también el principio de una *nueva meeting pot* con diversos pasados.

La reacción violenta de los sectores fundamentalistas de Estados Unidos contra el movimiento de los mexicanos que trabajan en ese país hace ver que su temor radica no en una cuestión laboral o de seguridad nacional, sino en una cuestión de poder. Las consignas de los mexicanos por nacimiento o por lazos de sangre que han salido a manifestar a las calles contienen una indudable carga histórica. En ellas se invoca los movimientos de independencia y revolución de la historia de México, se habla del “pueblo unido [que] jamás será vencido”, de considerar que el territorio del que se los pretende expulsar, por extranjeros, es un territorio que les pertenece (“*Si crees que soy ilegal, te urge una lección de historia: estoy en mi tierra natal.*”), y aun, actualizando la proclama independentista de Miguel Hidalgo y el

pensamiento de Bolívar, reclamar el hecho de ser ellos mismos América (*We are America*). Hay un sentido de disputa que antes era impensable.

El movimiento de reivindicación y defensa de derechos laborales y humanos de los mexicanos en Estados Unidos ha causado estupor, extrañamiento y temores irracionales. Los peligros que entraña para una sociedad donde prevalece el supremacismo blanco, anglosajón y protestante son proporcionales a la toma de conciencia que se ha producido en la minoría de origen mexicano y, en sentido más extenso, de origen latinoamericano. Para esa sociedad, en la que el pasado se ha reducido al simple *record*, a meros *antecedentes*, la historia que tal minoría ha salido a irradiar marchando por las calles de las grandes y pequeñas ciudades estadounidenses es un virus de nueva generación frente al cual sus anticuerpos le resultan insuficientes.

La experiencia vicaria de ser individuos con rasgos extraordinarios en la vida de otros —por lo general, los héroes del cine, la televisión y el deporte norteamericanos— cobró en sus protagonistas una doble dimensión colectiva y personal de autorrecuperación, que los torna más difícil de asimilar para el *establishment* dominado por la elite identificada como los *anglos*. El pasado del que vienen los inmigrantes se ha condensado y a ellos los ha convertido en los primeros pobladores de una nueva, si bien incipiente, síntesis histórica ∞

Bibliografía

- Baumann, Zygmunt (2005). *Identidad*. España: Editorial Losada.
- Benhabib, Sheyla (2006). *Las reivindicaciones de la cultura. Igualdad y diversidad en la era global*. Buenos Aires: Katz Editores.
- Fuentes, Carlos (1992). *El espejo enterrado*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Friedman, Jonathan (2001). *Identidad cultural y proceso global*. Argentina: Amorrortu Editores.
- Grinberg, León y Rebeca Grinberg (1980). *Identidad y cambio*. España: Ediciones Paidós.
- Krauze, Enrique (2005). *La presencia del pasado*. México: TusQuets Editores.
- Martínez, Sanjuana (2006). *Si se puede*. México: Grijalbo.
- Mattelart, Armand (2006). *Diversidad cultural y mundialización*. Barcelona: Ediciones Paidós.
- Reyes, Alfonso (1963) *Obras completas*. Vol. XIII. México: Fondo de Cultura Económica.
- Soustelle, Jacques (2003). *La vida cotidiana de los aztecas en vísperas de la conquista*. México: Fondo de Cultura Económica.

